

tianos ó discípulos de Cristo. La Iglesia nos recuerda esta exhortación en la epístola de la Misa de este día. *Mostrémonos, dice, á los ojos de los hombres que nos contemplan, como siervos de Dios, revestidos de heroica paciencia en los trabajos, ejercitados en vigiliás y ayunos, dechados de castidad, de suavidad, de caridad no fingida, en palabra de verdad, llenos del Espíritu Santo y de la virtud de Dios...*¹, que todo esto exige de nosotros el honor de la santa religión que profesamos: *ut non vituperetur ministerium nostrum*; á fin de que no sea objeto de murmuración y escarnio el augusto nombre de cristianos. ¿Qué dirán los disidentes si no somos mejores que ellos, más caritativos, más verídicos, más morigerados en nuestras costumbres? ¿no tendrán derecho para apellidarnos hipócritas? Y ¿qué, si ven que no respetamos las leyes de la Iglesia, v. gr. las del ayuno y de la abstinencia de carnes en este santo tiempo de Cuaresma, no obstante nuestra profesión de católicos sumisos á todo lo que ordena nuestra religión?

II. Concluyamos, hermanos míos carísimos, exclamando de lo íntimo del corazón: «¡Oh santa religión de Cristo, nuestro único Señor! ¡Oh Iglesia santa, católica y romana, querida Madre nuestra! nosotros nos gloriamos de ser hijos tuyos. Este nombre y carácter de cristianos, así como es nuestra felicidad, así constituye también para nosotros el más alto timbre de honor y de gloria. Por lo mismo juramos ser fieles, aun en medio de la general apostasía de los pueblos, someternos á tus leyes sacrosantas, ser dóciles á tus exhortaciones y consejos, firmes y constantes en las

¹ 2 Cor. 6, 4 sqq.

prácticas de los deberes religiosos, que nos impone el juramento de nuestro bautismo. Y tú por tu parte, ¡oh religión de los siglos! haznos felices en el tiempo, y ábrenos las puertas de la bienaventurada eternidad. Así sea.

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

Las virtudes teológicas.

Resplenduit facies eius sicut sol, vestimenta autem eius facta sunt alba sicut nix.

Su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve.

Matth. 17, 2.

1. Llévanos hoy la Iglesia, hermanos míos, á la cima de monte Tabor á contemplar allí con los atónitos Apóstoles la gloria de la sagrada humanidad de Cristo transfigurado repentinamente. *Sucedió, nos dice el Evangelio, que, mientras estaba en oración, á la vista de tres de sus discípulos, Pedro, Juan y Santiago, se transfiguró delante de ellos, resplandeciendo su rostro como un sol, y blanqueándose sus vestiduras como la nieve*¹. Magnífica visión, amados fieles, que no sólo nos revela la divinidad de aquel que hace brillar su propia carne con resplandores divinos, sino que nos deja adivinar otra transfiguración, otra claridad de que aparece revestido el hombre en quien se refleja la luz del Hijo muy amado del Eterno Padre. «Cristo es iluminado, dice San Gregorio Nacianceno, y al mismo tiempo nos ilumina con se refulgente luz»². *Levántate tú que duermes, dice el Apóstol; despierta del sueño de los muertos, y Cristo*

¹ Matth. 17, 2.

² Greg. Naz., Orat. in sancta lumina, apud Beviar.

te iluminará¹. En efecto, el Verbo encarnado es, dice San Juan, *la luz verdadera que alumbra á todo hombre*²: sí, á todo hombre que refleja en su persona la imagen de Cristo. De esta manera se efectúa en el hombre una verdadera transfiguración interior y sobrenatural, cuya magnificencia nos conviene admirar en nosotros mismos, para comprender lo mucho que debemos á nuestro divino Salvador, el cual, como nos advierte San Pedro, nos ha llamado de las tinieblas á su admirable luz³. En este sentido habla también el Apóstol de las gentes escribiendo á los efesios: *Eratis aliquando tenebræ, nunc autem lux in Domino*⁴: Eráis tinieblas en algún tiempo, mas ahora sois luz en el Señor. Con lo cual les quería decir: «Cuando andabais envueltos en la gentilidad profesando la absurda religión en que nacisteis, rodeados estabais de tinieblas exteriores de superstición y desórdenes, é interiores de ignorancia, ciegos para conocer á Dios y descubrir el camino de la salvación; pero, después que habéis recibido la gracia de la conversión al cristianismo, el día amaneció para vosotros; estáis rodeados de luz, sois luz vosotros mismos.»

2. He aquí, mis amados oyentes, los bienes inherentes al ser y carácter de cristianos: he aquí el tesoro inestimable de que nos hizo dueños el santo bautismo, por el cual, perteneciendo á la Iglesia católica, incorporándonos en Cristo, entrando por las puertas del reino de la luz, somos transfigurados en otros hombres. Y en tanto que guardamos esa gracia bautismal, la luz está en nosotros, brilla en nuestras almas, nos hermosea con

¹ Eph. 5, 12.² Io. 1, 9.³ 1 Petr. 2, 9.⁴ Eph. 5, 8.

resplandores divinos. Sólo el pecado mortal, si en mala hora le damos cabida, nos priva de esa luz en mucha parte; y, si llegamos á caer en el abismo de la incredulidad, con el último rayo de la fe se extingue completamente en nosotros la luz. ¡Hermosa y adecuada imagen! Porque, así como la luz tiene dos efectos principales, difundir en torno claridad y calor; así la gracia de Cristo que se nos infunde en el sacramento regenerador, produce otros dos efectos semejantes en el alma del cristiano: alumbrar el entendimiento y vivificar la voluntad. La fe nos descubre el horizonte que nos rodea, horizonte infinito que abraza el tiempo y la eternidad, señalándonos allá en lontananza el término feliz de nuestra peregrinación y halagándonos con la esperanza de llegar á él: la caridad, calor vivificante, nos sostiene en las fatigas de la marcha hasta hacernos entrar en posesión del bien eterno á que estamos destinados. Fe, esperanza y caridad, virtudes teológicas que renuevan todo el ser del hombre y le transfiguran en Cristo: he aquí el tema del presente discurso, en el cual intento haceros ver lo que vale cada una de estas tres virtudes, y cuánto por ello debemos estimarlas, y temer su pérdida que puede ser irreparable.

I.

3. ¡Lamentable suerte, la de un ciego, ya lo sea de enfermedad, ya de nacimiento! Cuál sea más desgraciado, yo no sabría resolverlo: si el que nunca gozó de la luz, ó el que sólo la vió para llorarla perdida. Compréndese perfectamente la dolorosa situación de aquel varón virtuoso que exclamaba: «¿Cómo puedo estar contento yo que no disfruto de la luz del cielo¹; yo que vivo en

¹ Tob. 5, 12.

noche eterna?» Pues bien, mis amados oyentes: lo que es la luz material para el ojo humano, eso es la verdad para el entendimiento. Un espíritu que no conoce la verdad, un entendimiento ciego, preciso es que sea desgraciado, que viva en tortura y desconsuelo, careciendo de su objeto, privado de su bien, que es al mismo tiempo su razón de ser. No creáis que el error pueda satisfacer al entendimiento ni llenar el vacío que deja la verdad. Mucho menos podrá darse verdadero reposo en la ignorancia. El hombre necesita saber la verdad, se desvive por conocer la razón de las cosas, anhela penetrar hasta el fondo de cualquier misterio, y mucho más de aquellos cuyo conocimiento, como ligado con sus más caros intereses, en ningún modo puede serle indiferente. Tales son los siguientes problemas: «¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy? ¿Cuál es mi origen y el del mundo que me rodea? ¿Me he formado yo á mí mismo? ¿Existe un ser mayor que yo, mayor que todo el universo? Mi existencia ¿ha de extinguirse enteramente con la muerte? Y, si no ha de acabarse ¿cuál será mi destino al otro lado del sepulcro?» Ante estas y otras semejantes cuestiones claro está que ningún hombre puede permanecer indiferente: necesita urgentemente la solución, le acosa la necesidad de conocer la verdad, y por eso la investiga con afán.

4. Por eso, dirigiéndose á los sabios les pregunta: ¿Qué hay de cierto? Interroga al género humano, consulta á la naturaleza y procura escuchar silencioso su respuesta, y sorprender la verdad en sus mudas pero elocuentes enseñanzas. Pero, ¡ay! ¡cuánto tiempo malgastado! ¡cuántos años y aun siglos consumidos en inútiles pesquisas! Siglos contaban ya las famosas escuelas filosóficas del antiguo Oriente, de Egipto y de

Grecia, y aun no habían podido poner fuera de duda la primera y más importante de todas las verdades, la verdad fundamental sin cuyo conocimiento el hombre y el mundo eran enigmas: la existencia de un solo Dios, Criador y Gobernador del universo. Y no, ciertamente, porque esta verdad no pueda ser demostrada con las solas fuerzas de la razón natural¹, y no sea efectivamente conocida por todo hombre, no habiéndose descubierto hasta hoy un solo pueblo tan desnaturalizado que no tuviese siquiera alguna noción de la divinidad². Porque, como dice el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría, es tanta la hermosura y grandeza de la creación, que no puede menos de dar á conocer á su Hacedor³. Eso no obstante hubo en lo antiguo, como los hay en nuestros mismos días, sofistas orgullosos á quienes Dios mismo cegó en castigo de su insensata soberbia⁴, los cuales ó negaron descaradamente á Dios, como fueron los ateos y materialistas, ó bien le confundieron torpemente con la naturaleza criada, como los panteístas; ó, finalmente, le desnaturalizaron, dándole figura y atributos indignos de su naturaleza, como la mayor parte de los pueblos politeístas. Y la causa de estas horribles aberraciones, no sólo del corazón sino aun del entendimiento, se encuentra, como discurre el inmortal Fenelón⁵, en la influencia de las pasiones, especialmente del orgullo, las cuales de tal modo ciegan, no solamente á los pueblos salvajes, sino hasta las naciones al parecer más cultas, y aun á los pretendidos sabios y filósofos, que no les dejan ver ni la misma

¹ Conc. Vatic. Constit. *Dei Fil.* c. 2.

² *Frayssinous*, Confér. ³ Sap. 13, 5.

⁴ Rom. I, 21 sqq.

⁵ De l'existence de Dieu P. I, c. 3.

luz que les alumbraba. Y si una verdad tan luminosa como ésta andaba envuelta en sombras, ¿qué sería de las otras menos perceptibles para la razón? Por eso tampoco pudieron las escuelas paganas poner á cubierto de dudas y contradicciones el dogma transcendental de la inmortalidad del alma, sin cuya certeza carecía de sólido apoyo la moral. De allí vino finalmente la poca firmeza de principios de las más afamadas escuelas de la antigüedad. ¿No es cierto lo que afirmaba el Apóstol, que todo era tinieblas: *eratis aliquando tenebræ*...?

5. Y así ni más ni menos habrían continuado las cosas, mis amados hermanos, y así habrían llegado hasta nosotros, y nuestra desgracia habría sido eterna, irreparable, si el Verbo, la Sabiduría del Padre, la Luz nacida del seno de la Luz infinita¹, no se hubiese dignado descender á la tierra para iluminarnos. Pero dejése ver la Luz del Verbo, *et lux in tenebris lucet*², é iluminó la inteligencia de cuantos no se obstinaron voluntariamente en cerrar los ojos á su claridad. Desde entonces tuvimos la *fe*, esa antorcha brillantísima á cuya aparición palidecen todas las luces de la razón humana, no de otra suerte que la débil claridad de una bujía desaparece ante el fanal de luz del foco incandescente. Sí, hermanos míos, por virtud de la fe, por esa especie de reflexión de la luz del Verbo, que se comunica sobrenaturalmente al alma en el acto de recibir el ser y carácter de cristianos, nos es dado poseer hoy con incomparable seguridad y firmeza intelectual un sistema completo de verdades religiosas y morales, que no llegaron, ni con mucho, á conocer las más agudas y privilegiadas inteli-

¹ Lumen æternum mundo effudit (Eccl. in Præfat. Missæ B. M. V.).

² Io. 1, 5.

gencias de la antigüedad, hasta el grado de poderse afirmar sin hipérbole, que sabe hoy más el niño de la Doctrina cristiana que no supo el ingenio divino de Platón. ¡Qué tesoros de sabiduría no encierra nuestro símbolo! y ¡con cuánta certeza no sabemos hoy por la autoridad infalible de la palabra divina lo que en otro tiempo era apenas resultado más ó menos cierto de la especulación de algunos sabios! Y ¿qué diré de la difusión prodigiosa de esta luz? Lo que antiguamente era patrimonio de unos pocos, poquísimos iniciados en los misterios de la sabiduría avara y orgullosa, hoy es herencia y propiedad de toda clase de personas, grandes y pequeñas, ricas y pobres, como sean *hijos de la luz*¹. En este sentido acepto de buena gana la denominación dada á nuestro siglo, de siglo de las luces; pero debo advertir que no le pertenece exclusivamente al siglo XIX, por ser común á todos los siglos del cristianismo; antes me atrevo á decir que el siglo nuestro la merece menos que otros que acaso calificamos de obscurantistas porque carecían de los portentosos inventos modernos, y eran en realidad más luminosos para los espíritus, porque eran más creyentes. Mucho vale la ilustración social, hermanos míos, convengo en ello; mucho vale también la instrucción primaria difundida hasta en las clases más humildes de la sociedad; pero debéis convenir conmigo en que vale más la superior ilustración de la fe. Si ésta llega á apagarse en el alma, ¿de qué servirán todas las luces del siglo?

6. ¡Ah! reflexionad, cristianos, por un momento sobre lo que debemos á Dios nuestro Señor por sólo el don inapreciable de la fe. Y no os diré desde luego que

¹ 1 Thess. 5, 5.

por ella, y sólo por ella, nos salvamos, según la sentencia del Apóstol: *Sin la fe es imposible agradar á Dios*¹, que con esto lo habría dicho todo, no porque baste la fe para la salvación, sino porque es el fundamento indispensable de la caridad y buenas obras. Quiero por hoy hablar otro lenguaje, lenguaje más humano y, tal vez, más persuasivo para cierta clase de personas. Yo os pregunto: ¿cuál era el estado moral de la sociedad á la aparición del cristianismo? En medio de la civilización más avanzada á que pudo llegar una nación tan grande y de tanta cultura como fué el pueblo romano, en mitad de aquel siglo que llamaron de oro por la brillantez de su literatura y la riqueza de sus artes, las inteligencias todas yacían abismadas en las más espantosas tinieblas. Podrá creerse que exageramos, que incurrimos en contradicción; pero no es así, mis amados oyentes. Y, para prueba de la exactitud de nuestra afirmación bastará preguntar: ¿cuál era el culto público? ¿cuál era la moral corriente entre todas las clases sociales? ¿cuál era el fondo de aquella filosofía y de aquella literatura tan brillante en la fama? Adorábanse en los templos y en los hogares los más inmundos ídolos: allí las pasiones infames, personificadas en vilísimos seres de la especie humana, recibían el incienso y los sacrificios debidos al Dios tres veces santo. ¿Qué hacían á todo esto los orgullosos filósofos? Si acaso no eran cómplices de la superstición popular, si se burlaban á lo menos en sus adentros, de aquellos ridículos y nefandos ritos, no era para tributar culto al verdadero Dios, sino para hundirse lo mismo que nuestros incrédulos y librepensadores, en la monstruosi-

¹ Hebr. 11, 6.

dad del ateísmo ó del escepticismo bufón, que llevaban como una eterna pesadilla hasta el sepulcro. Los sabios de entonces, dice el Apóstol, *habiendo conocido á Dios, no le glorificaron como á Dios*, por glorificarse á sí mismos; *por lo cual Dios, en justo castigo, los dejó caer en los más vergonzosos desórdenes*¹. En efecto, desconociendo á Dios, no podían aquellos ciegos conocer sus propios deberes. De ahí que la sociedad, á pesar de las leyes, fuese un caos; la inmoralidad tomase proporciones desmedidas, y no ya como fenómeno anormal, sino como costumbre autorizada por la práctica de los mismos filósofos. Hasta las nociones elementales de virtud y vicio se habían alterado profundamente, y el mundo moral se hallaba envuelto en sombras obscurísimas de muerte. Todo esto significan las palabras del Apóstol, mil veces repetidas en los Sagrados Libros: *erais en algún tiempo tinieblas*²; palabras confirmadas auténticamente por la historia de aquella época escrita por plumas paganas.

7. ¿Qué sería, pues, de nosotros, carísimos hermanos, si la antorcha de la fe divina no hubiese venido á disipar nuestras tinieblas? Y ¿qué sucedería si esta fe llegase á desaparecer del mundo? Estad persuadidos de que reaparecerían infaliblemente con su cortejo de desórdenes la superstición y la inmoralidad del paganismo. Demasiado lo ha atestiguado ya la experiencia. Pero no basta que esa antorcha brille en medio de la sociedad en que vivimos; es preciso que resplandezca también en cada una de las almas, en el centro de nuestro corazón, para que desde allí dirija y encamine nuestros pasos por la senda de la paz y de la felicidad³.

¹ Rom. 1, 21. 24.

² Eph. 5, 8.

³ Luc. 1, 79.